

El epílogo a la primera edición de *La batalla de los Arapiles*

Alan E. Smith

Las declaraciones de Benito Pérez Galdós sobre su obra y sobre la novela en general, son pocas, por lo que podría ser de interés la re-edición de un texto suyo muy poco conocido, que apareció bajo el título de «Hasta luego» al final de la primera edición de *La batalla de los Arapiles*, y que no ha sido publicado subsecuentemente.¹⁷⁷ Si al principio de este texto Galdós se describe a sí mismo como novelista impetuoso y descuidado, pronto se desmiente a través de consideraciones de orden técnico que nos revelan una temprana conciencia artística, en un momento de transición.

Galdós se critica a sí mismo sin disimulos, atribuyéndose una «lamentable y abrasadora impaciencia», que, según él, le ha «impulsado a escribir [...] estos *Episodios Nacionales* [se refiere, recordemos, a la primera serie] con bastante precipitación». Por cierto, los manuscritos de la primera serie ostentan mucho menos tachaduras y adiciones que los de la segunda. También, el hecho de no haber tenido Galdós idea cabal, al escribir *Trafalgar*, de lo que serían las diez novelas en conjunto, podría justificar esta auto-censura.¹⁷⁸ Al contrario, la segunda serie aparece aquí claramente prefigurada, ya que se enumeran las diez novelas al final del epílogo.

A continuación, Galdós pondera otra falta, según él, de la primera serie: la utilización de la primera persona. Esto, se lamenta, le ha dificultado la tarea, pues se vio obligado a ubicar al narrador-protagonista en sitios muy diversos, de los cuales, en algunos casos, se debería haber ausentado el héroe, en favor de la verosimilitud y la verdad histórica. Galdós recordará estas observaciones en el epílogo a la edición ilustrada (1885) de ambas series:

En la primera serie adopté la forma autobiográfica, que tiene por sí mucho atractivo y favorece la unidad; pero impone cierta rigidez de procedimiento y pone mil trabas a las narraciones largas.¹⁷⁹

Este epílogo, por tanto, que ahora publicamos, es un hito que explícitamente marca el final de una manera de trabajo que no ha satisfecho al escritor, y señala el comienzo de otro proceder artístico, más exigente. Seguidamente, transcribimos el texto de Galdós:

HASTA LUEGO

En dos años cabales que han transcurrido desde la publicación de *Trafalgar*, he dado fin a la empresa impremeditadamente acometida, pero realizada al fin no sin tropezar con mil dificultades y obstáculos, muchos de los cuales no me ha sido posible vencer. Animáronme durante la penosa carrera, a cuyo fin toco ahora cansado y casi sin aliento, la bondad inagotable del público por una parte, y por otra lo nuevo y hermoso del asunto elegido, el cual si —106→ en libros de historia se ofrece fácilmente al conocimiento de todos, en la literatura de entretenimiento apenas había sido cultivado hasta ahora. Esto es una ventaja; pero he hallado a mi paso, quizás a causa del asunto mismo, contrariedades inmensas, cuales son la falta de

datos que para componer esta clase de obras se necesitan y la carencia de documentos privados, memorias o historias individuales y anecdóticas, sin cuyos preciosos materiales, el trabajo inductivo del novelista de este género es fatigoso y casi siempre estéril. No dudo que exista algo, mucho tal vez; pero estos tesoros como los filones de rico mineral ocultos en los hondos senos de la tierra, de nada valen a quien no puede llegar hasta ellos. Sin embargo, tengo la seguridad de que si hubiese sepultado mi vida en los archivos, si hubiera ido a buscar lo que el egoísmo de los eruditos y la ilustrada avaricia de las academias esconde de mil modos, habría salido Dios sabe cuando con todo el saber necesario a la perfecta composición histórica de estos libros; pero entonces no los habría escrito. Digan los demás cuál de estas dos cosas sería mejor, pues por mi parte no lo sé.

A esto debe añadirse, en desagravio mío, que las exigencias del público, las condiciones especialísimas de la producción literaria en España, y aún más que nada cierta lamentable y abrasadora impaciencia mía, que no puedo de modo alguno refrenar, me han impulsado a escribir las cinco mil y quinientas páginas de estos *Episodios Nacionales*, con bastante precipitación. No sé si tendré alguna vez parte de lo mucho que en todos órdenes me falta hoy; pero la madurez, el reposo, la cumplida fermentación de mis propias hechuras literarias, son cosas que, o mucho me engaño, o no existirán jamás.

Ya que hablo de mis culpas, no ocultaré la principal en estos diez libros, fruto de dos años de incesante

trabajo, y es que con mi habitual imprevisión adopté la forma autobiográfica [falta una coma] la cual, si bien no carece de encanto, tiene grandísimos inconvenientes para una narración larga, y no puede de modo alguno sostenerse en el género novelesco-histórico, donde la acción y trama se construyen con multitud de sucesos que no debe alterar la fantasía, y con personajes de existencia real. Unanse a esto las escenas y tipos que el novelista tiene que sacar de sus propios talleres; establézcase la necesidad de que los acontecimientos históricos ocurridos en los palacios, en los campos de batalla, en las asambleas, en los clubs, en mil sitios diversos y de no libre elección para el autor, han de pasar ante los ojos de un *solo* personaje, narrador obligado e indispensable de tan diversos hechos en período de tiempo larguísimo y en diferentes ocasiones y lugares, y se comprenderá que la forma autobiográfica es un obstáculo constante a la libertad del novelista y a la puntualidad del historiador. Conociendo por experiencia las grandes trabas de esta forma, semejantes sin duda a las que pone en la literatura dramática la unidad inalterable y fundamental del espectador y de la escena, la evitaré en lo sucesivo.

Quizás tenga ella la culpa de que no lograra yo siempre una perfecta combinación entre la historia y la novela. Dada la estructura auto-biográfica, es indispensable que el narrador sea constantemente protagonista y figura principal en todo lo que narra. ¿Podía esto suceder así en lo que acaba de leerse? Los acontecimientos históricos tienen sus figuras propias, y no es posible dar a un desconocido intruso

papeles que no le corresponden. En la narración libre, la tarea es mucho más fácil, porque el campo es inmenso, y las figuras —107→ verídicas, así como las ideales, pueden desarrollarse convenientemente sin perjudicarse unas a otras.

Si hago estas ligeras indicaciones, no es por atenuar mis culpas literarias, las cuales son tantas y tan grandes, que yo mismo, con ser padre de todas ellas, las conozco y las veo, libre en esto de la común flaqueza que hace a muchos tener por donaires las fealdades de sus hijos queridos. A pesar de todo, la bondad del público, en quien seguramente no ha faltado alguien que hallara entretenimiento en los diez libros publicados, me impulsa a una nueva aventura, de la cual espero, mediante Dios, salir más airoso que en esta primera, a que doy cima con *La batalla de los Arapiles*. Escribiré, pues, una segunda serie, para aprovechar la riquísima materia que en la historia y en las costumbres ofrece el interesante período contenido entre las dos grandes guerras españolas del presente siglo. La historia anecdótica de la generación que ha precedido a la nuestra, podrá parecer a algunos una frivolidad; pero no lo es ciertamente. Sé que otro cualquiera la escribiría mejor que yo; pero como nadie lo hace, he aquí que me apresuro a hacerlo.

Renunciando a la narración primo-personal como forma sistemática, publicaré otros diez volúmenes, enlazados entre sí, pero sin violencia; unidos también a la primera serie, cuyo pensamiento desarrollarán en la parte histórica y en la imaginaria, pretendiendo ofrecer un cuadro lo más completo posible de la

transformación de la sociedad española en el presente siglo, de sus pasiones buenas y malas, de su especial sentir y pensar en la vida pública y en la privada. Casi todos los hombres y mujeres que habéis dejado con vida al concluir la primera serie aparecerán en la segunda,¹⁸⁰ y según mis noticias ya se están vistiendo para salir. Necesito refrenar su impaciencia y mandarles que no chillen en mi oído, ni me mareen con sus visajes, ni me vuelvan loco con su constante suplicar para que de nuevo les abra la puerta y les eche en su antiguo ser y estado a la escena del mundo. Sordo todavía a sus ruegos, y deseoso de que salgan con todos los atavíos y toda la decencia y pulcritud y fino comedimiento que mis amables favorecedores exigen, les cojo, les limpio el polvo de dos años, les remiendo o renuevo sus ya viejas casacas y guardapiés, les aliño las pálidas caras, les doy nueva y más fuerte mano de pintura, les compongo los alambres rotos, los resortes enmohecidos, las piezas gastadas, y dando general barrido al viejo tabladillo, y frotos y abluciones a todos los trebejos, lienzos y cachivaches, ofrezco al público la *Segunda serie de los Episodios Nacionales*, que constará de los tomos siguientes:

- I. *El equipaje del Rey José.*
- II. *Memorias de un cortesano de 1815.*
- III. *La segunda casaca.*¹⁸¹
- IV. *El Grande Oriente.*
- V. *7 de julio* [sic].
- VI. *Los cien mil hijos de San Luis.*
- VII. *El Terror* [sic] *de 1824.*
- VIII. *Un voluntario realista.*
- IX. *Los apostólicos.*
- X. *Un faccioso más y algunos frailes menos.*

Benito Pérez Galdós, 1875

Boston University

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

